

Assim! Existe, e não vale coisa alguma rebuscar-lhe justificações; elas pulam implícitas por todo o livro. Se se quiser uma prova, leia-se o drama de Manolo Alba, velho tenor espanhol (pp. 240-253). E este é um só exemplar, da muita gente que caminha através das páginas de Verissimo, gente que abrange de tudo: cientistas atômicos, donos de armazém, estrelas de cinema, lentes universitários, meninos amigos dos filhos de Verissimo, homens de negócios, alunos — enfim, espécimes de toda a humanidade norteamericana. Mas devemos fazer sobressair que nosso autor não os olha como se fôsem espécimes, assim cientificamente, e sim como humanos, com simpatia.

Como no *Gato Preto*, Verissimo inventa uma personagem para dialogar com ele (Tobias) sobre assuntos que não cabem bem na narrativa, questões discutíveis tais como a atitude norteamericana para com o sexo, o materialismo suposto dos *yankees*, a discriminação racial, etc. Este é um dos aspectos —digamos— transcendentais da *Volta*. Estas conversas com Tobias estão escritas a modo de cartas para Vasco e para Fernanda, com alguma para o professor Clarimundo, e oferecem o ponto de vista pessoal de Erico Verissimo formado depois de muito conhecimento do povo e do país estadunidenses. Tratando-se de Verissimo, estes julgamentos apresentam-se abertamente expressados, sem reservas, mas quase nunca são muito severos; a tolerância é característica dele. Embora, suas opiniões valem, e valem muito, por serem desinteressadas assim como solidamente baseadas na sua própria experiência.

Quem ler este último produto da pena de Erico Verissimo ficará sem dúvida de acordo com o autor ao saber que este já disse da *Volta do Gato Preto*: "O livro é o mais pessoal e mais sincero que escrevi até hoje."

L. LOMAS BARRET,
University of Kansas,
Lawrence, Kansas.

ERMILO ABREU-GÓMEZ, *Sala de retratos*.—México, 1946. Colección Arco Iris.

El pasado otoño, entre sus hojas muertas, nos trajo las hojas vivas, palpitantes, de esta *Sala de retratos*, de Ermilo Abreu Gómez, que es —por su amplitud—, más bien que sala, un salón: el Salón de Otoño en

que muestra reunidos sus primeros, excelentes retratos de intelectuales y artistas: juventud y madurez colmadas. Aquí, donde los intelectuales de ayer apenas dejaron otra huella que su obra misma —y las obras, frecuentemente, ocultan al autor: recordemos los nombres de Sor Juana Inés de la Cruz y don Juan Ruiz de Alarcón, de quien sólo dejan ver una silueta borrosa, a veces casi imperceptible—, pocos escritores se preocuparon por fijar, abnegadamente, los rasgos de sus contemporáneos artistas, como lo hicieron el general Vicente Riva Palacio, Juan de Dios Peza y algunos otros, muy contados.

La obra que ahora empieza a reunir Abreu Gómez, no tiene precedente en la literatura mexicana, ya que no es sólo una serie de perfiles que exhiban el aspecto exterior de cada individuo retratado: él se asoma al espíritu; nos acerca a la vida; nos descubre las preferencias de todos. De ahí que estas páginas sigan siendo nuevas para la relectura; por la cordialidad con que han sido estudiados los modelos; por la observación perspicaz que profundiza en el personaje y llega a hacerlo, a la vez, transparente y visible con pensamientos y actitudes propias.

Un caudal de generosa simpatía corre por las páginas del libro: su autor gradúa los efectos, dosifica la descripción y maneja el diálogo, como dramaturgo que es: sus expresiones, al mismo tiempo justas y ponderadas, revelan una fina sensibilidad de artista y esa facultad que Ermilo Abreu Gómez posee, de admirar sin reservas, ampliamente. No hay frases inútiles ni desmedidos elogios: todo está dicho en forma sencilla, acorde con la intención desinteresada que movió al autor de esta *Sala de retratos*.

Revela su libro un loable esfuerzo de continuidad sostenida —como su entusiasmo— a través de años enteros, condensados en sus páginas. Cada intelectual o artista está retratado de manera elegante, moderna, con sobrios trazos que conservan la espontaneidad de la impresión directa y no proceden jamás de una metódica acumulación de notas. Abreu Gómez sabe hallar siempre el ángulo imprevisto, dentro del radio de esa observación, realizada en silencio, como al descuido, sin fijar indiscretamente la mirada, y presenta a cada uno, en el aspecto que mejor lo define.

Como los maestros del retrato en el campo de la plástica, elige el paisaje o el interior adecuados, para servir de fondo, y da a sus figuras un ambiente que las dignifica. Ese ambiente —por él imaginado, más que recreado— las sitúa en su tiempo, en el momento preciso; les pro-

porciona un clima favorable, benévolo, y una luz que da relieve a los rasgos distintivos, para que resalten.

Precede al conjunto de retratos de Abreu Gómez, la ingeniosa semblanza que completa el libro con una imagen que no podía faltar en ella: la del mismo autor, proyectada en el futuro, con ingenioso humorismo, por Octavio G. Barreda, y cierran este tomo un "Retrato del retratista", de Juan Rejano, y las notas cronológicas y bibliográficas de Jesús Zavala.

Como Abreu Gómez persevera en su labor, amorosamente realizada, tenemos derecho a esperar que la primera exposición de retratos se prolongue en otra, que deseamos próxima, en la cual recoja aquellos que ha trazado, ya impreso este tomo. Así, esta *Sala de retratos* podrá convertirse en una vasta galería que reúna a los intelectuales y artistas mexicanos del presente.

FRANCISCO MONTERDE